

vo, y haciendo una marcha forzada lo hizo preso sin resistencia en union de otros oficiales que lo acompañaban.

Los presos se condujeron á México, donde se les formó causa concluyendo solo la instruida contra Rayon á quien se sentenció á muerte; aunque no llegó á confirmarse por el virey, á causa de algunos indultos concedidos por la corte. A los presos se les confiscaron sus bienes, y tanto ellos como sus familias, estuvieron en la indigencia; pero en medio de tanta desgracia, Bravo supo conservar su dignidad, y el virey decia, que al verlo se le representaba un monarca destronado.

Otro de los gefes de importancia, que habia figurado en la primera junta gubernativa y en el congreso, era D. José María Liceaga, que desde la separacion de Uruapan, permanecia en el Bajío, no habiendo vuelto á incorporarse con el congreso, por su disolucion en Tehuacán: cuando Mina llegó al cerro del Sombrero, se le unió Liceaga, y lo acompañó en todas sus expediciones hasta el Venadito donde fué hecho prisionero; pero éste logró escapar aquella vez, por haber usado de mayores precauciones. Pasaron apenas algunos dias, cuando se encontró en el campo con un bandido llamado Juan Rios, que le dió muerte.

De todos los gefes de menos nombradía, unos fueron muertos por la mútua persecucion que se hacian, otros perseguidos por los realistas, ya no tenian apoyo y se decidian á deponer las armas solicitando el indulto, ó pocos dias despues eran hechos presos y fusilados. De esta manera, aunque quedaron algunas insignificantes partidas, puede decirse que la revolucion concluyó, no quedando mas fuerza organizada que la de D. Vicente Guerrero: ésta aunque sufriendo una constante persecucion, se mantuvo en la costa del Sur, unas veces vencido y otras vencedor, auxiliado solo por un indio llamado Pedro Ascencio y por el Padre Izquierdo, que se mantuvieron algun

tiempo en la orilla derecha del Mescala aunque por fin este último, se vió obligado á pedir el indulto.

De este modo vino á concluir despues de diez años de desolacion y de lágrimas, el huracán levantado en el pueblo de Dolores, por el cura D. Miguel Hidalgo: sin embargo, las ideas de hacer la independenciam, germinaban por todas partes y por todos se reconocian como una necesidad de la época; y si pudieron retardarse por todo este tiempo, no fué debido sino al modo con que se impulsaron las cosas al principio, conculcando de un modo lamentable, los derechos de propiedad, las garantías de la vida y abriendo un ancho cauce para que la mas completa desmoralizacion se precipitara como un torrente. Pero cuando la fuerza física pudo domeñar estos elementos desencadenados, otros hombres que habian combatido de un modo implacable la primera revolucion, aleccionados con la esperiencia de diez años de guerra, pensaron en procurar la independenciam del país por otros medios; y de tal modo estaba este fruto en sazón, que un ligero impulso bastó para conseguirlo. Este paso, que es el desenlace del sangriento y prolongado drama representado por once años en la Nueva España, es lo que vamos á reseñar para poner término al contenido de este tomo.

CAPITULO XXIV.

Plan de Iguala, proclamando la independenciam.

Despues de los acontecimientos que dejamos referidos en el capítulo anterior, quedó concluida la revolucion iniciada en Dolores en 1810: sus primeros caudillos, bajaron al sepulcro

casi en seguida de su movimiento: de los que los siguieron, muchos tuvieron en su vida el mismo trágico desenlace y otros despues de alguna derrota ó una larga prision, habian perdido el indulto; y solo en un ángulo del territorio mexicano se conservaba una chispa de aquel incendio. Pero el restablecimiento de la paz, solo dió una tregua por algunos dias y pronto volvieron los acontecimientos, guiados por el impulso general, á presentar una nueva borrasca que el poder español ya no podia conjurar, porque habia llegado el término de los tres siglos de su dominacion.

Estaban próximos á embarcarse en Cádiz, diez mil soldados españoles con destino á Buenos Aires para consumar la pacificación de las posesiones de España en la América del Sur; pero disgustado en lo general el pueblo español con la inobservancia de la constitucion, particularmente el ejército donde habia hecho rápidos progresos la masonería, se obró una revolucion en ese sentido, iniciada por el coronel D. Julian del Riego, secundada por Quiroga y seguida luego por todo el ejército y el pueblo, hasta obligar al débil rey Fernando VII á jurar la constitucion y volver á reunir las cortes que habian sido disueltas en 1814 á causa de la iniciativa de algunos diputados que desde entonces fueron conocidos con el nombre de Los Persas.

De los diputados que con mas calor defendian el partido de la constitucion, salieron algunas iniciativas en materias religiosas, como la supresion de la órden de los Jesuitas que habia sido restablecida, la reforma en otras comunidades religiosas y en las temporalidades de las iglesias, lo cual hizo á muchos ver con desconfianza aquel gobierno, particularmente en la Nueva España. En ella aun gobernaba el virey Apodaca conde del Venadito; pero considerándolo las cortes, hostil á la constitucion, habian pedido su remocion, proponiendo para sustituirlo al teniente general D. Juan O. Donojú, persona de

grande importancia en la masonería, el cual aunque fué nombrado para gobernar efectivamente la Nueva España, no vino á ella como veremos luego, sino para ver consumada la independencia.

Estas peligrosas reformas que se iniciaban en España, al impulso del influjo que ejercian en los destinos públicos las lógicas masónicas, fué un motivo de alarma para los habitantes del territorio mexicano, y un poderoso elemento, que combinado con los muchos que surgian en este suelo, vino á producir la independencia del pais, mediante un plan basado en buenos principios y desarrollado en una rápida campaña de siete meses como vamos á ver en el siguiente capítulo.

Temiendo los funestos efectos de las reformas que se estaban iniciando en España, y no menos el que se repetirían en el territorio mexicano, los horrores que habian ido inseparables del movimiento de independencia mal dirigido desde su principio, se empezó á tratar por algunas personas de combinar un plan que pusiera remedio á estos males que de nuevo amenazaban al pais. El alma de este pensamiento era el Dr. D. Matías Monteagudo, canónigo, inquisidor general y director de la casa de ejercicios, por lo cual gozaba de gran reputacion entre sus paisanos los europeos y en general con todos los principales vecinos de la capital. Las juntas para la formacion de este plan se tenian en la casa Profesa que habia sido de los padres jesuitas y que entonces estaba sirviendo á los padres del oratorio de S. Felipe Neri. De aqui salió verdaderamente la independencia del pais; y al fin despues de diez años de una guerra de esterminio, que solo habia servido para la ruina y horfandad de muchas familias, se vino á confeccionar un plan que con solo un ligero impulso produjo la libertad del estenso territorio de la N. España.

El gefe en quien se pensó para ejecutar este plan, fué el coronel D. Agustin Iturbide, hombre que aunque marcado con

algunas faltas por el encarnizamiento con que habia perseguido á los insurgentes y por la codicia que lo dominaba, era uno de los militares que mas se habian distinguido por su genio y pericia; y por otra parte su nacimiento en este suelo y su ambicion personal, lo hacian á propósito para consumir aquel pensamiento; pues desde fines de 1814 en que tuvo lugar la derrota de Morelos en las puertas de Valladolid, el obispo Abad y Queipo lo habia designado al virey como hombre sospechoso, prediciendo que mas tarde él vendría á efectuar la independencia.

Iturbide despues de la causa que se le formó por los exesos de que fué acusado durante su mando en los pueblos del Bajío, habia permanecido en México sin mando de fuerzas ni destino alguno, entregado solo á disfrutar de los placeres que aquella sociedad podía proporcionar á un hombre de un gran caudal como el que él habia adquirido. Cuando se le hicieron las proposiciones de desarrollar el plan concebido por el Dr. Monteagudo, no vaciló en admitirlas; pero antes de procurar su ejecucion, quiso obtener el mando de una fuerza con que poder realizar la obra proyectada.

En este estado que guardaban las cosas estando todos los ánimos en verdadera fermentacion, y concurriendo todos á un mismo fin aunque por diversos medios la ocasion se le presentó á Iturbide mejor de lo que él habia pensado. El coronel D. Gabriel Armijo, que tambien habia enriquecido en la campaña y que deseaba disfrutar de las comodidades de la capital en una vida tranquila, renunció la comandancia del ejército del sur que habia tenido á su cargo, y para reemplazarlo, nombró el virey á Iturbide, por insinuaciones del teniente coronel D. Miguel Badillo, que tenia á su cargo el despacho de los negocios de guerra en la secretaría del vireinato. Iturbide se dispuso á salir á tomar posesion de su empleo y en efecto lo hizo el 16 de Noviembre de 1820, pidiendo ántes se le conce-

diese el grado de brigadier; y que se incorporase al ejército de su mando el regimiento de Celaya sobre el cual tenia gran influjo por haber sido el cuerpo de que él era coronel y del que esperaba poderse servir mejor para su intento. Esto lo concedió el virey, y reunidas en Acámbaro todas las compañías del regimiento, marcharon para incorporarse con el ejército del Sur.

Iturbide puso en juego el ascendiente que desde antes tenia sobre la oficialidad y empezó á descubrir sus planes á los que le merecian mas confianza hasta quedar satisfecho de que no se habia engañado al pedir aquel cuerpo para que le sirviera de principal apoyo en la ejecucion de su plan. En seguida pidió otras fuerzas pequeñas para reponer la que se habia desertado del regimiento de Celaya, y encareció al virey la necesidad de que le mandara recursos para poder abrir la campaña en el Sur. El virey, con una condescendencia tan grande, que para algunos llegó á ser sospechosa, concedió á Iturbide lo que pedia de fuerzas y ordenó á la tesorería de la nacion se situaran en Chalco á su disposicion algunas cantidades de dinero: con lo cual el ejército se puso en movimiento para estrechar á Guerrero y á Pedro Ascencio, únicos caudillos de la insurreccion que quedaban con fuerza, á tomar parte en el plan de Iturbide ó deponer las armas para dar principio á la nueva obra que se proyectaba.

La campaña tuvo un feliz presagio habiéndose adherido al ejército del Sur, el gefe Bradburn, que habia sido de los compañeros de Mina y permanecia despues unido á Guerrero; pero este y Pedro Ascencio ni admitieron las proposiciones de Iturbide ni se pudieron obligar á abandonar las armas, quedando defendidos con la fragosidad del terreno y su mal clima. Al mismo tiempo Iturbide trataba de atraer algunos otros gefes de la insurreccion que como Bravo, permanecian en sus hogares, á la vez que á los gefes realistas que como el briga-